

# Rubén Darío<sup>(1)</sup>

Su último libro: **PARISIANA**



(Correspondencia especial para ZIG-ZAG)

**A** CABAMOS de recibir de manos de su autor, el último libro de Rubén Darío: "Parisiana". Rubén Darío es, sin duda, actualmente uno de los talentos más altos y personales de la cultura latina. Su obra, así en América como en España y en el extranjero, merece el elogio o el respeto de los inteligentes. En París, en el "Mercure de France", él ha sido saludado, en dos ocasiones, como el actual "poeta más grande en lengua española". En España la juventud intelectual le reconoce como el iniciador y el maestro de la moderna poesía castellana. Recordamos los juicios de Navarro Ledesma, *Azorin*, Juan R. Jiménez, Martínez Sierra.

Su obra da al artista justificado título para tan lisonjeros calificativos. "Azul" (publicado en nuestro país) fué una hermosa y estrafalera revelación. "Prosas Profanas" es una joya poética ornada de insólitas formas verbales, desconocidas en el tesoro del parnaso español. "Los Raros" es una serie de relieves de artistas supremos, nuevos o extraños, de manera soberbia y perdurable. "España Con-" "La Caravana pasa", "Tierras Solares", Opiniones" son ramilletes matizados y espléndidos de impresiones de arte, de viaje, de vida, en las continuas vagancias del escritor a través de los grandes centros europeos. En "Cantos de Vida y Esperanza" el poeta exterioriza la melancolía de su alma, en versos vibrantes de vigor o de emoción. La estatua de mármol de su jardín de ensueño se anima de vida y nos confía sus íntimas tristezas.

"Parisiana" prosigue la serie de libros de estudios e impresiones, del escritor. Como por un escenario de fantasía, en él vemos pasar la comparsa bizarra de la existencia moderna con sus esplendores y sus miserias, con sus bellezas y falsedades, envuelta en la gasa áurea, transparente del estilo armonioso, opulento, deslumbrador. Diariamente leemos nosotros los cronistas parisienses y podemos afirmar que, fuera de Pau, Adam, no hay en este país de la fina literatura quien pueda compararse a Darío en esto de engarzar artísticamente en la página la multiformidad de las personalidades y acontecimientos de la vida contemporánea.

Viviendo a corta distancia del poeta, viéndole día a día, hemos tenido nosotros ocasión de conocerle íntimamente. Y ocasión hemos tenido de comprobar que todas las leyendas que sobre él circulan, leyendas son. Este artista de selección, este poeta refinado es un espíritu elevado y sereno, un carácter amable y caballeroso y, sobre todo, un gran corazón. El es enemigo de la exhibición; abomina del arribismo y tiene "el honor de la literatura". Su conversación es franca y sencilla, su amistad segura y accesible. Y su palabra, siempre ardiente, se halla pronta a estimular toda obra de bien o de belleza. Además, este soñador es un gran laborioso. Se levanta a las seis, se acuesta a las diez. De noche, no sale. No va a los cafés. Estudia, observa, trabaja. Así se comprende la fecundidad de su producción. En dos años ha publicado cinco volúmenes y tiene uno más en prensa. Si el tiempo ha nevado ya sobre sus cabellos y su clásica barbilla, intactos conserva su energía y su entusiasmo. Los que hablan de decadencia de su

verso lírico, no saben lo que hablan. El nos ha leído algunos versos de su próximo libro: "El Canto Errante". Vedaderamente, son magníficos. Y la última poesía que ha escrito, "En el Luxemburgo", aun inédita, es una maravilla de impresión autumnal oliente a hojas secas y a tierra húmeda...

Cuando por las tardes íbamos a ver al poeta, le encontrábamos en su cuarto de trabajo ornado por el inefable Verlaine de Carrière, dos figuras de parisenses frágiles, aéreas, de Hellen, y una antigua estampa japonesa. Nos recibía con su franca cordialidad y su amable sonrisa. Conversábamos, abandonándose a sus recuerdos, él nos hablaba con frecuencia de Chile. Allí se pasaron bellos días de su juventud. Allí escribió "Abrojos", "Azul". Allí fueron premiados su "Canto a las glorias de Chile" y su volumen de "Rimac". Vivió

días negros, es verdad. Indudablemente. Toda ascensión es penosa... Recuerda a los buenos amigos que allí tuvo: Pedro Balmaceda, Alfredo Irarrázaval, Luis Orrego, Manuel Rodríguez, tantos otros más... Y se estienda sobre infinidad de personas, hechos, detalles; amable, sonriente, melancólico.

Nosotros le hablamos de nuestra literatura joven. Tratamos de hacerle conocer el movimiento. Citamos nombres... Es inútil. Conoce nuestra joven literatura y la estima. Conoce a Pedro Antonio González y le tiene por gran poeta de excepción. Conoce a Dublé Urrutia; ha leído sus versos, que éste personalmente le obsequiara. Y conoce casi a todos nuestros jóvenes poetas y escritores, cuyos libros ha visto o leído...

A la vez sorprendidos y halagados, callamos pensativos. Recordamos que en Chile se cree, que Darío no ve con buenos ojos a nuestro país y a nuestros escritores; se piensa que su elogio, jeneroso para otros países de América, para nosotros es escaso cuando no, nulo. Nada más falso pues. El ha publicado un libro entero sobre un escritor chileno: "A. de Gilbert". Diversas ocasiones ha hablado con simpatía de nuestros artistas: dígalo Correa. En "Parisiana", que tenemos a mano, encontramos hermosas páginas sobre dos de nuestros pintores: Valenzuela Llanos y Plaza Ferrand. Y he aquí que al hablar nosotros personalmente con él, nos charla de Chile (así quien evoca buenos recuerdos) amable, sonriente, melancólico...

Actualmente, Rubén Darío, acaba de partir a Nicaragua. Es probable que, al regresar, irá a España como ministro diplomático de su país. La noche de su partida de París, comimos con él en compañía de varios periodistas españoles y americanos.

—Necesito ir a mi tierra—nos decía;—respirar ese aire, ver ese cielo... y no saber nada de literatura.

Poco rato después, en el andén de la estación San Lázaro, en pos de despedirnos del maestro, instalado ya en el tren que debía conducirlo al Havre, uno de los periodistas, que había asistido a la comida de despedida, nos decía:

—Ustedes, los americanos, tienen en Rubén un gran hombre. Yo admiro al poeta pero estimo, sobre todo al hombre...

Quien así hablaba es Luis Bonafoux.

FRANCISCO CONTRERAS

París, 20 de noviembre de 1907.

(1) Para que el lector se pueda formar juicio cabal de las opiniones que este artículo contiene acerca de la discutida personalidad literaria de Rubén Darío, creemos conveniente hacer notar que el señor Contreras es uno de los más entusiastas discípulos de Darío.